

El secreto de los milenios

—m—

Glauber A. Senarega



Capítulo I

El Frío, la Oscuridad.

Nadaba con cansancio y empezaba a sofocarse. Bajo sus pies solo distinguía una inmensa profundidad. Las aguas del océano lo mantenían a flote, pero... ¿hasta cuándo? Escuchaba un chapoteo. Tal vez algún animal revolvió la superficie. Sí, tenía la certeza de que a cada uno de sus costados algo se estaba moviendo. Incluso, si hacía un esfuerzo, podía observar unas manchas difusas nadando junto a él, en plena noche. Ya no había esperanzas. Era consciente de que pronto se ahogaría. Relajó sus músculos y notó cómo las aguas le llenaban los pulmones. Un tenue resplandor atravesó sus párpados, abrió los ojos... y lo vio.

Despertó exaltado, en medio de una negrura total. Poco a poco, Daniel empezó a reconocer las siluetas de los objetos que lo habían acompañado siempre.

Allí estaba la lámpara de noche junto a su libro favorito, las desgastadas cortinas rojas que cubrían las ventanas, el póster de Bugs Bunny, sonriente y pícaro a pesar de los años. Divisó también las puertas de su armario, corroído a tono con el techo con grietas que se entrecruzaban, y un ventilador encima de una mesita, intentando a paletazos capturar el aire cálido. La típica tranquilidad que se siente luego de advertir que solo había tenido una pesadilla lo invadió por completo.

Sobre la repisa, el reloj marcaba las seis. En menos de diez minutos la alarma sonaría estrepitosamente. Odiaba su chillido metiéndosele por los oídos como taladro cada mañana. Salió de su cuarto y cuando encendió la luz del baño, la blancura de las cortinas, el retrete y el lavamanos le achicaron las pupilas, obligándolo a pestañear varias veces y haciendo que se mareara. El grifo goteaba delante de él y lo invitaba a colocar la cabeza bajo el chorro de agua fresca. Sin embargo, Daniel decidió lanzar una mirada al espejo primero. «Dios mío»; lucía horrible aquella mañana. Tenía algo en la cara que no le gustaba nada, pero no sabía qué exactamente. Siempre le decían que su rostro era atractivo y que aparentaba más edad. En aquel momento, no obstante, el espejo le devolvía una imagen demacrada.

—¡Daniel, despierta, se ha hecho tarde!

Ángela irrumpió en el baño pegando gritos y a tanta velocidad que Daniel tuvo que aferrarse de un salto al tubo de la cortina para no caer dentro de la bañera.



—¡Mierda, mamá!

—Disculpa, pensé que te encontrabas en tu cuarto —dijo la mujer sonriendo—. Vístete en lo que sirvo el desayuno.

Daniel abandonó la casa media hora después. Aún estaba oscuro y a medida que corrían los minutos, el cielo se aclaraba, cediéndole el paso a los rayos tórridos del sol. Se había despedido más cariñoso de lo normal de Ángela, de su padre y de su hermano. Por alguna razón, intuía que debía abrazarlos mucho ese día.

Era un espléndido y caluroso amanecer de septiembre en el tranquilo reparto Fontanar, un oasis en la atolondrada Habana. Las calles, que recordaban un hormiguero, presagiaban horas de espera bajo el techo de tejas de la parada del autobús.

Sin embargo, la suerte jugó a su favor.

Llegó a tiempo y sin apuros al aula de clases. La recorrió de un vistazo y divisó en el otro extremo a dos chicos de más o menos su misma edad, ocupando una pintorreteada mesa de madera. Iban uniformados como él y leían un libro.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó al acercárseles.

—Típico. —La muchacha, que alzó la mirada exhibiendo una sonrisa, se llamaba Evelyn. Pese a la intensidad de sus ojos azules, estos quedaban casi ocultos tras el filo de un cerquillo. En numerosas ocasiones, incluso existiendo diferencias físicas, la habían creído hermana de Daniel, aunque en realidad solo eran amigos. Daniel era más alto, tenía los ojos de color marrón oscuro y el pelo, lacio y casi siempre revuelto, de color castaño.

—¿Y tú...? —intervino Miguel. Un chico esbelto y de carácter sereno, con grandes ojos que contrastaban con su rostro achatado y labios que parecían fuera de lugar, casi rozándole la nariz.

—Aburrido. —Daniel arrastró una silla de las mesas próximas y se sentó—. ¿Qué leen?

—Choqué esta mañana con él, en la biblioteca —respondió Miguel. Dudaba entre leer el libro o acabar los cálculos de la tarea de matemáticas—. Muy interesante, ¿sabes?

—Habla de misterios que aún intrigan a la humanidad —explicó Evelyn—. Este es el capítulo de la sonrisa de la Mona Lisa.



La anotación no era necesaria. Daniel ya había localizado, en la esquina de cada página, el título de la obra: *Grandes enigmas de la humanidad*. Luego se fijó en las diversas fotografías y dibujos que, en efecto, mostraban el retrato de la Gioconda.

—Ya pasamos los capítulos del hundimiento de la Atlántida, las pirámides egipcias y fenómenos paranormales como la adivinación del futuro —añadió Evelyn hojeando las páginas anteriores para verificar que no le faltaba nada por mencionar.

Miguel lucía fascinado.

—Desde hacía mucho venía buscando este libro... Cuando lo publicaron no conseguí ningún ejemplar. Lo busqué en la Feria del Libro y montones de veces recorrí la biblioteca de arriba abajo, pero nada. Fue bastante raro, porque apenas entré esta mañana lo vi encima de una de las estanterías centrales. Le pregunté al dependiente y me aseguró que siempre estuvo ahí, y que nadie lo había tocado en años.

—Sí que es raro. —Daniel se inclinó más. Quería leer.

—Por ejemplo —su amigo señaló hacia un punto de la página—, aquí dice que la causa principal del hechizo de la sonrisa de la Mona Lisa es la técnica pictórica utilizada por Leonardo en su composición, denominada *sfumato*.

—Ahhhh... Y ¿de veras creen que todo eso es cierto? O sea, ¿que existió la Atlántida o que hay personas que adivinan el futuro?

Evelyn hizo el amago de contestar. No obstante, Miguel se le adelantó:

—Bueno, Daniel, algunos piensan que son mitos y otros los dan por hechos reales. Por eso se encuentran en este libro, porque son enigmas, enigmas que intrigan a millones desde épocas remotas. Y tú ¿no tendrías que estar resolviendo los ejercicios de la tarea? Son larguísimos. Empieza ya o...

En ese instante sonó el timbre escolar y una avalancha de estudiantes casi despedaza la puerta a codazos, tratando de meterse en el aula.

El barullo no cesó hasta que una mujer canosa y rechoncha, vestida con una blusa amarilla y un pantalón demasiado ajustado para su edad, franqueó con dificultad el marco devorado



ya por el comején y abarcó de una ojeada a todos los escolares, atenta a cualquier risita o falta de respeto.

Daniel reaccionó muy tarde. Aquel no era su sitio, él se sentaba en una mesa alejada, al fondo del aula. Casi por instinto, se levantó, evitando a toda costa cruzarse con el semblante inflexible de la profesora. Mientras se precipitaba hacia su pupitre pudo sentir el silencio impregnando cada rincón.

—Maravilloso, Daniel. Todavía al inicio del curso y ya andas pegado a esos dos. —Los ojos de la mujer observaron desdeñosamente a Evelyn y a Miguel. Luego volvió a dirigirse a él—. Aunque claro, conociéndote, tengo la certeza de que no hallarás inconveniente en resolver los ejercicios del examen sorpresa de hoy, ¿verdad?

Tras esa frase, alaridos de angustia inundaron el aula.

—¡Silencio! Son cinco problemas de geometría plana, para entregar en quince minutos.

La maestra se arrimó al buró principal y rebuscó en su maletín un bulto de hojas recicladas que le entregó a la chica que se sentaba próxima a ella, en medio de la habitación.

—Rásgalas y repártelas por los asientos. No pierdas ninguna, están contadas.

La joven obedeció al instante. Parecía arrepentida de haber elegido aquel pupitre, y Daniel entendió muy bien el motivo. Durante todo el día, ella sería la *esclava* de la profesora.

Pensó en lo mal que le caía esa mujer. Desde el curso anterior era su maestra de matemáticas, justo de matemáticas. ¿Por qué siempre tenía la mala suerte de que los profesores de las asignaturas que más le desesperaban, fueran igual de insoportables? Casi prefería a los maestros *emergentes* llegados del campo, allá en el oriente del país. Un grupo de jóvenes que no pasaban de los veinticinco años, muy poco experimentados, y varios sin la preparación adecuada para ejercer la tarea de enseñar. Pero, al menos, hacían reír al grupo con sus eses comidas o palabras mal utilizadas, y no trataban al resto del mundo como a un puñado de mierda infecta.

Cuando resucitó de su ensimismamiento, se percató de que la profesora concluía los detalles de los ejercicios en la pizarra. De repente, exasperado, sacó su lápiz del portafolios y comenzó a escribir con atropello en la hoja que tenía delante.



El timbre escolar sonó por última vez ese día unas ocho horas después y los tres muchachos se volvieron a reunir bajo el roble que se alzaba frente a la plazoleta del colegio. Aún faltaba mucho para empezar a preocuparse por los trabajos de control parcial, las pruebas de mayor importancia tras los exámenes finales, y decidieron hacer algo inusual un lunes por la tarde: salir de fiesta a la noche de karaoke que se celebraba en el club de Fontanar.

Dejaron la escuela rumbo a sus casas. Ya el atardecer empezaba a refrescar el ambiente y una brisa soplaba de todas direcciones. Iban por la calle central y especulaban sobre cuál sería el aspecto de la maestra si se atreviera a nadar en biquini en la playa. Miguel estaba convencido de que los bañistas huirían aterrados, pues la confundirían con un manatí gigante o algo por el estilo. Daniel afirmaba que la pobre no sería capaz de sumergirse ni un poco, aunque quisiera. Para él, el cuerpo de aquella mujer se asemejaba a un globo inflado, a punto de estallar. Evelyn permaneció retraída, esperando no tener que mencionar una grosería. Eso de juzgar a la gente, aunque fuera en broma, la irritaba mucho.

El ruido metálico de una carretilla a sus espaldas la hizo recordar el encargo de comprar tomates y habichuelas que su abuela le había pedido la noche anterior. No demoró en abalanzarse hacia un vendedor. Él, a su vez, sonrió. Fue una sonrisa de cortesía propia de cualquiera que se dispusiera a atender a un cliente. Evelyn estaba acostumbrada a que todos los hombres le mostrasen la dentadura. Algunos ponían cara de imbéciles, como Daniel y Miguel cuando los conoció. Otros se lo trabajaban más y adoptaban una expresión seductora y difícil de ignorar. Pero Evelyn siempre se las arreglaba para darles hielo. Con dieciséis años, vivía centrada en escuchar música, ver películas, leer novelas, estudiar antes de los exámenes y, su mayor reto, inyectar todas las dosis de madurez posibles a sus dos mejores amigos.

La chica recitó el pedido y, justo en el momento en que el comerciante extraía los productos de la carretilla y los echaba en una bolsa de plástico, Evelyn reparó en que un hombre con un sombrero, los brazos cubiertos de polvo de cemento y un sucio uniforme azul, la miraba con muchísima curiosidad al otro lado de la acera. Hubiera jurado que aquel obrero la había reconocido de algún sitio, porque no le apartó la vista de encima ni un segundo y hasta realizó el ademán de echar a andar hacia ella. Sin embargo, algo lo frenó. El caso es que bajó despacio la cabeza y su rostro quedó camuflado bajo el alerón del sombrero de guano. Evelyn, asustada, tragó saliva; aquel hombre no le había sonreído... ni una pizca.



—¡Que no se te olvide! ¡Nos reuniremos en tres horas en la entrada del reparto! —le gritaron a Daniel los otros dos mientras se alejaban por la avenida. Ya Evelyn había ahuyentado de sus pensamientos el extraño incidente del obrero.

En breve período de tiempo, aunque impulsado por el entusiasmo, Daniel se bañó, comió y se vistió. Se despidió como nunca antes de sus padres, y salió de su casa...

Acortaba a grandes zancadas el trecho que había desde su hogar hasta el sitio pactado para el encuentro. El sol descendía soldándose con el horizonte y salpicando el cielo de un rojo vivo. En la distancia, vislumbró dos contornos familiares.

—¡Viniste! —Evelyn corrió hacia él y le agarró de la cintura con energía.

Y así, tan simple, tan inevitable, acababa de empezar la noche que marcaría sus vidas para siempre.

...

Eran casi las doce. Tres adolescentes caminaban en medio de la lóbreguez nocturna, cargada de humedad. Habían estado horas cantando en el club de Fontanar y ya era momento de regresar a casa.

—Menuda noche —dijo Miguel—. Elizabeth baila con la gracia de una diosa.

—Cierto... —admitió Daniel algo resentido porque Elizabeth (la chica con mejores curvas del colegio) había rechazado su invitación de baile con la excusa de que le dolían los pies.

No tuvo tiempo para maldecir su mala suerte y torturarse con el recuerdo de las caderas de Elizabeth, porque de pronto las luces de las farolas y de las casas empezaron a apagarse, hasta sumir en penumbras todo lo que los rodeaba; incluso el débil reflejo de la luna a través de las nubes iba desapareciendo lentamente.

Un viento helado, aunque de corta duración, los envolvió e hizo que se erizaran.

«¡Si es septiembre! ¿Qué significa este frío?», pensó Daniel estupefacto. Y lo asaltó la impresión de que alguien los vigilaba. La incertidumbre reinó en aquel ambiente que se había tornado hostil en pocos segundos.

—Vayamos más deprisa, ¿les parece? —dijo Evelyn entre dientes.



Trotaron agitados por un sendero que separaba la calle de un gran espacio abierto, destinado a construir una fábrica de helados.

Unos metros antes de arribar al final del sendero, Miguel cayó al suelo, y luego se escuchó un chillido. Daniel y Evelyn se voltearon llamados por el grito. Allí estaba Miguel, encogido sobre un pequeño charco de sangre que crecía por segundos. Algo filoso le había roto el pantalón en la rodilla derecha, y sangraba de modo alarmante. Él gemía con el rostro contraído y se aferraba la pierna como si fuera a caérsele.

Evelyn puso cara de incredulidad.

—¡Qué horror! —exclamó.

Por un momento, ni ella ni Daniel supieron qué hacer. Parecía que les hubiesen arrancado la lengua y subido a punta de pistola a una montaña rusa, pues estaban mudos y desorientados.

—¡Me corté! ¡No veo nada aquí que pueda haber causado una herida tan profunda! —se quejó Miguel. Lucía más atemorizado por el aspecto de la lesión que por el dolor en sí, y buscaba escudriñando con la vista y tanteando con las manos por el césped, esperando toparse con una botella de cristal rota o algo afilado.

—Vamos, trata de levantarte. —Daniel lo tomó por debajo del brazo e intentó que se incorporara. Sin embargo, la pierna de Miguel estaba tiesa, y le costaba mover la otra.

Una segunda ráfaga de aire frío los alcanzó.

«¿Qué diablos está ocurriendo?», se decía Daniel renunciando a la tarea de ponerlo en pie.

Evelyn se sacó un pañuelo del bolsillo y lo amarró por encima de la herida de Miguel.

Daniel levantó la cabeza, miró en dirección a la calle y deseó no haberlo hecho nunca. El estómago le dio un vuelco, los latidos del corazón se le aceleraron después de presenciar aquella imagen. A poca distancia, perfectamente visible pese a la oscuridad, un bulto grisáceo flotaba entre los edificios y avanzaba hacia ellos con rapidez.

—Muchachos, ¿qué es eso...?

Pero Evelyn no lo dejó acabar. Había echado a caminar calle arriba dispuesta a solicitar el auxilio de algún vecino.



—¡Espera, hay algo ahí!

El alarido de Daniel atrajo la tragedia.

La masa pálida bajó del cielo y la muchacha no dio otro paso.

Inmovilizada por el terror, Evelyn escrutó al ser que se le había apostado delante. Tenía forma homínida e iba vestido con harapos. A pesar de que sus costrosos hombros se mecían simulando una respiración, en realidad no emanaba aliento alguno. Las garras de las manos y de los pies, aportaban un contraste aterrador con la sucia cabellera que le colgaba en la espalda. Parecía un cadáver corpulento, en plena descomposición. Sin embargo, ese cadáver caminaba, y Evelyn estaba segura de que era diez veces más fuerte que ella. El olor de la bestia no se correspondía con su apariencia. No olía a muerte, sino a algo peor, un hedor nuevo que el olfato de la chica reconoció por instinto. Apeataba a amenaza, a puro peligro.

«¡Corre! ¡Corre!», era la única frase que zumbaba en la cabeza de Evelyn. Aquel animal la iba a matar, ella lo sabía. De hecho, fue capaz de percibir el deseo de sangre reflejado en esos ojos amarillos con sorprendente facilidad. «¡Corre!».

Nada, su cuerpo la traicionó en el peor momento.

—¡Aaaaaaah! —Evelyn bramó destrozando el silencio de la noche. El monstruo acababa de agarrarla por el cuello y se lo había apretado con tanto vigor que la muchacha logró escuchar algo rompiéndose cerca de la nuca.

—¡Suéltala, déjala tranquila!

La exclamación de Miguel, similar a una voz del más allá, se coló muy amortiguada en los oídos de Daniel.

¡Imposible! ¿Qué era esa bestia que estrangulaba a su amiga a escasos palmos de él? Ya un miedo extraordinario lo estaba haciendo temblar. Temblaba en serio, y le pasó por la mente la idea de que no conseguiría resistirse a la tentación de huir. Daniel bloqueó de inmediato ese pensamiento. No podía abandonar a los demás. Armándose de valor, aunque tiritando de arriba abajo, cogió una rama quebrada de un árbol y se arrojó hacia Evelyn entre tambaleos. El ser giró la cabeza y lo analizó con ojos inexpresivos. La macabra escena lo paralizó. Las piernas se le doblaron. Un segundo más y Daniel se desplomaría.



Por su parte, Miguel intentó incorporarse. Fue en vano. Un pinchazo se le clavó en la rodilla cual ardiente cordón de fuego y le hizo perder el equilibrio. Se estampó de nuevo contra el suelo y rodó loma abajo llenándose de barro, hasta terminar en el interior de un hoyo profundo, casi escondido por las raíces de los árboles.

—¡Auxilio, auxilio, por favor! —aulló, y su voz resonó con más potencia al rebotar en las paredes de tierra.

Evelyn sufría. Ya no era capaz de gritar y no distinguía nada. Solo escuchaba los chillidos de socorro de Miguel. Por supuesto, eso no la alentaba en lo más mínimo y la convencía de que sus probabilidades de escapar de las garras del animal se habían vuelto nulas.

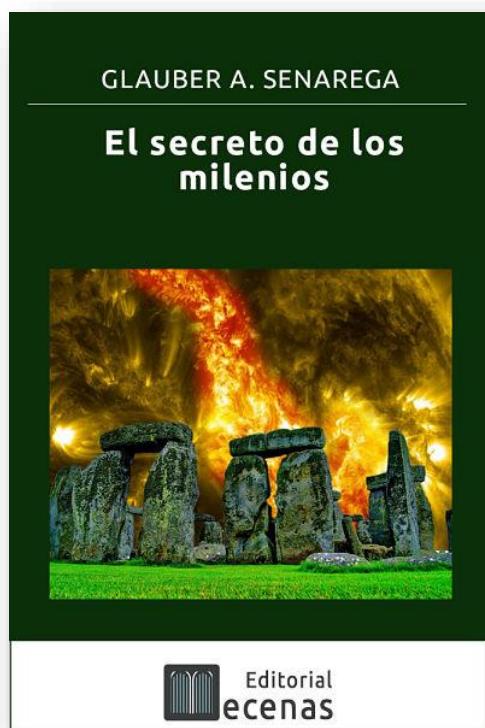
Daniel reaccionó de golpe al oír la tos ahogada que la garganta de su amiga emitía al ser forzada a cerrarse. Otra vez corrió hacia ella y golpeó a la bestia con todas sus fuerzas. Liberada en un instante de sorpresa, la aturdida chica agarró a Daniel del brazo.

Entonces, la criatura ascendió por los aires rugiendo colérica al ver escabullirse a su presa. Era increíble que ningún vecino de las casas de la zona escuchara nada. Los dos amigos rebasaron el sendero y se dirigieron hacia donde yacía Miguel.

Otra cosa extraordinaria estaba sucediendo en ese mismo instante; con cada paso que Daniel y Evelyn daban, el frío aumentaba, como si se acercaran al frigorífico de una familia de gigantes. Apenas avistaron a Miguel, se detuvieron e intentaron sacarlo con la ayuda de una de las raíces. No obstante, cuando vinieron a percatarse, ellos también se habían caído dentro del agujero y se habían fusionado con la maleza.

Antes de perder el conocimiento, Daniel pudo notar que las luces regresaban a la ciudad y de súbito desaparecieron los alaridos histéricos del monstruo. Luego, una sacudida de intenso frío, aunque al mismo tiempo de alivio, invadió su cuerpo.





Si te ha gustado este fragmento y quieres apoyar el proyecto de la publicación de esta obra, reserva tu ejemplar

RESERVAR

